

María llora de felicidad en los brazos de su amado.

Como si se hubiera obrado una especie de milagro, a Miguel se le había pasado la fiebre.

Con la alegría su alma florecía, sintiendo que la primavera reinaba de nuevo en su corazón.

Por primera vez, tras siete largos años, oía cantar a los pájaros.

Había decidido que tras desayunar, irían los tres juntos a cuidar de los abuelitos.

Tantas veces le habían preguntado por su marido, que estaba deseando presentárselo.

Aunque él había estado trabajando toda la noche, parecía despejado.

Si quería podía echarse a descansar en casa de los ancianos mientras ella les preparaba la comida.

Luego volverían a casa y permanecerían los tres juntos abrazados todo el día y la noche.

Su jefa, la dueña del café, que era muy comprometida políticamente, además de feminista, le había sugerido que podían cerrar para unirse a la manifestación que se celebraría esa tarde.

Ella le había dicho que se quedaría atendiendo el café, pero había decidido que aquella revuelta ciudadana le serviría para disfrutar al fin, durante un domingo de su vida, del amor y la libertad.

Llevaban abrazados más de media hora y todavía creía que aquello no podía ser realidad.

El aroma de su cuerpo impregnaba su olfato y todo su cerebro.

Jamás había conocido un perfume más delicioso, el cual le atraía tan poderosamente que era incapaz de apartarse de él ni un segundo.

No le recordaba tan alto.

Daba la sensación de que había crecido, o bien se mantenía más erguido.

No pensaba preguntarle dónde había estado todo ese tiempo.

Sin duda la había abandonado por otra, aunque ahora sentía que de nuevo le pertenecía a ella en exclusiva.

Su forma de vestir también era diferente.

Se había vuelto más clásico y llevaba el pelo más corto.

El parecido entre Marcos y Miguel era increíble.

El mismo pelo negro rizado, los mismos ojos verdes e idéntica boca de labios carnosos que ahora recorrían su piel.

Siempre había creído que con tan sólo un fruto de su amor le bastaría para permanecer plenamente feliz frente la adversidad el resto de su vida, sin embargo ahora presentía que pronto llegaría otro más.

Así es el amor verdadero, un deseo desmedido que obliga al ser que lo goza a revivirse, a reencarnarse en nuevos sujetos amorosos, amados y enamorados.

Sus cuerpos se atraían de un modo magnético y ardiente, recorriendo sus vientres una especie de lava volcánica.

Sus ojos, regados por las lágrimas, brillaban como estrellas.

Miguel también les abrazaba y les besaba, imitándolos, como los niños hacen siempre, aunque en la mayoría de los casos, desgraciadamente, para mal.

Con aquel padre desconocido hasta entoces, aunque millones de veces imaginado, había hablado alguna que otra vez por teléfono.

Ése era el final feliz de cuento de hadas que el niño había soñado a lo largo de toda su vida.

Por esa razón su madre lloraba, ya no de tristeza ni de rabia como de costumbre, sino de puro contento.